

texto: "Literatura romántica y proyecto social"

Autor: Myers, Jorge

Complemento: Antología Latina. Relatos, Literatura & Cultura.

pp. 223 - 250



América del Sur a mediados del siglo XIX.

Se puede afirmar, sin demasiado riesgo de faltar a la verdad, que la época romántica constituyó el momento historicista *par excellence* en el desarrollo de la tradición intelectual continental. Fue entonces cuando la historia, evadida de los límites canónicos que la crítica tradicional le había impuesto a la historiografía, invadió todo el discurso literario, desdibujando así los límites entre la historia *stricto sensu* y la ficción narrativa y, en un sentido mucho más vasto, entre discurso mimético y discurso utópico.

Por su propia naturaleza teórica, el romanticismo implicó una desaparición de las fronteras tradicionales entre los distintos géneros literarios, como consecuencia previsible de su revuelta contra la crítica preceptista de los neoclásicos. Una vez consumada la disolución de las tres unidades y abandonadas las reglas consuetudinarias de la métrica y de la versificación, era natural que a esto siguiera la instauración de una gran fluidez entre los compartimientos antes estancos de los géneros tradicionales, como también que se consolidaran géneros nuevos, como la novela. Estas tendencias immanentes al romanticismo se entrecruzarían con la hegemonía del historicismo para darle sus rasgos determinantes a la literatura de la época. Si bien el romanticismo de los europeos comparte, bajo este punto de vista, muchos aspectos con el que se arraigó en América Latina, las diferencias fueron notorias, apuntando sugestivamente a la profunda divergencia entre las necesidades espirituales de los países de una y otra región.

La escisión trágica, pascaliana, que los escritores europeos de la primera mitad del siglo XIX creían percibir con tanta intensidad, y con tanta angustia, en el mundo surgido de las revoluciones industrial y francesa, obligaba a una búsqueda de explicaciones, a una interpretación de su presente que permitiera devolverle a sus significados una certeza pretérita y a discernir en sus rumbos una orientación clara de la cual parecía carecer entonces. En consecuencia, llevaron a cabo una operación intelectual por la cual se intentó identificar a la Identidad con la historia, tarea múltiple que recorrería los lugares más diversos del cuerpo textual romántico: en Hölderlin, Michelet, Saint-Simon, Hugo, Wordsworth, Pushkin o cualquiera de tantos otros, el cumplimiento de este trabajo sería el anhelo constante y nunca logrado, una tarea de Sísifo que más parecía reclamar un Prometeo.

En un mundo librado sin ninguna dirección clara a ese *panta rhei* caótico y sorprendente que era el devenir del espíritu moderno, la historia se presentó como posibilidad de anclaje o como mapa. Todos los géneros, todos los campos del saber humano experimentaron esta expansión sin precedentes de una sensibi-

\* E. Echeverría, Segunda lectura en el Salón Literario.

Literatura hispánica. Prof. Pablo

2026 v. 10 p. 202 (impedido entre 12 que antes o lo es de no...  
 fe i-possibilita... desigual...  
 Jorge Myers

VT  
 lidad histórica. Entre 1800 y 1850, tuvo lugar una vasta historización de todo lo que tuviera que ver con el hombre, sus creencias, sus lenguas, sus relaciones materiales. Consonante con la difusión contemporánea de aquel enunciado viquiano de que "los hombres hacen su historia", la historia pasó a ser entendida como sustancia del hombre. La antropología romántica no era otra cosa que discurso histórico. En esos primeros años del siglo, la novela histórica hizo su aparición, el drama histórico reemplazó en las preferencias de autores y público a los géneros clásicos, la poesía proclamó al sentimiento de la historia como uno de sus elementos constitutivos y la producción historiográfica alcanzó un volumen sin precedentes. Esta irrupción de una conciencia histórica en la inteligencia europea se presentó como la solución más probable al dilema planteado por la Modernidad; a través de la historización de la realidad, el cambio, que para la conciencia clásica sólo podía ser ruptura o decadencia, se volvía normalidad, siendo así integrado a la experiencia cotidiana.

Sin embargo, las consecuencias más radicales que este surgimiento de una conciencia histórica tendría para la organización y desenvolvimiento del campo literario europeo se verían atenuadas por la propia densidad cultural del medio en el cual hicieron su aparición. Si bien la novela se consolidó como forma literaria durante esa época, adquiriendo legitimidad a través de la ideología romántica, y triunfando sobre los demás géneros, hasta convertirse en el arte mayor de la literatura, el grado de ruptura que aquello significó deberá amenguarse ante la mirada del historiador literario por el solo hecho de contar entonces ese género con casi tres siglos de existencia en el ámbito europeo.

De una forma similar, la tensión fecunda entre la nueva conciencia histórica y la visión más tradicional del mundo como una estructura quieta e inmutable no se resolvería a favor de la primera sino después de una larga lucha. A lo largo de toda su época de hegemonía, el romanticismo europeo hubo de convivir con corrientes que le eran adversas o simplemente indiferentes, debido a la complejidad del sistema literario del Viejo Mundo y a la densidad de sus tradiciones culturales. Pero en la reelaboración de la doctrina romántica hecha por los escritores de América Latina, el papel de la nueva conciencia de la historia sería sobredimensionado hasta convertirse en eje y centro de la literatura de la Nueva Generación. Como lo expresó con suma acuidad Carlos Real de Azúa hablando de la situación particular de su país, en un concepto que se hace extensivo a toda América Latina:

El romanticismo uruguayo no rebasó por ningún lado el área temática, ni el espectro de tonos y de sentimientos que peculiarizaron al romanticismo europeo. Y puede decirse, inversamente, que extensas zonas de esa área, de esos espectros, no fueron siquiera percibidas por él<sup>1</sup>.

1 REAL DE AZÚA, Carlos. *Capítulo Oriental 3: los clasicistas y los románticos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, s.f., p. 36.

En América Latina: Peláez, Licitato & Cultura.  
 Pizano (arg.), 1995, Manual Uruguay.

Literatura romántica y proyecto social

En esta selección de elementos estéticos e ideológicos hecha por los latinoamericanos, el romanticismo local adquiriría perfiles distintos a los de Europa y, a la vez que se agotaba el campo de experiencia que buscaba representar, se intensificaba el rol de aquellos que sí habían sido escogidos de entre las fuentes europeas, principalmente el historicismo.

Sin embargo, la ubicuidad de esta persuasión historicista en los escritos de los románticos latinoamericanos no sólo respondía al ejemplo de los europeos que les servían de modelos, sino que se dirigía a problemáticas esencialmente locales: sobre todo a la urgente necesidad de encontrar alguna solución al problema de la legitimidad de los nuevos Estados surgidos del movimiento por la independencia y de los grupos dirigentes asociados a ellos. Efectivamente, los escritores de la generación romántica fueron los primeros en plantearse este problema como tal. Tanto los intelectuales del movimiento de la independencia, demasiado ocupados en la tarea de inaugurar los nuevos Estados como para percibir las limitaciones fácticas que ya se imponían a su visión demasiado optimista de la historia, como los escritores hegemónicos en la década de 1820, eclécticos o benthamitas, dieron por descontado que el nuevo ordenamiento jurídico y social poseía una legitimidad impugnable.

Los sucesivos fracasos de los experimentos liberales entre 1810 y 1830, el surgimiento en casi todo el continente de regímenes cuyos rasgos marcadamente autoritarios nadie había previsto, y sobre todo el cuestionamiento violento a la posición que las élites letradas, hacedoras de la revolución, se habían asignado a sí mismas en el nuevo orden, forzaban la generación literaria aparecida alrededor de 1830 a replantearse los términos del problema. Sobre todo, era evidente el fracaso de una adecuación entre el proyecto político y cultural defendido por las generaciones anteriores y las sociedades latinoamericanas. Desde México hasta Brasil y Argentina, los discursos y manifestos en los cuales los nuevos movimientos románticos anunciaban su entrada a la vida literaria proclamaban el carácter incompleto, fallido, de la revolución por la independencia, y se asignaban a sí mismos la tarea de completarla. Todos compartían el sentimiento expresado por Juan Bautista Alberdi en 1837: "Nuestros padres derriban una sociedad que cuenta siglos, y no se atreven a quebrantar un precepto de Horacio y de Boileau"<sup>2</sup>. Los escritores románticos daban a entender que ellos sí se atrevían, y de esta forma su programa se articulaba en torno a tres puntos centrales: 1) fundar una literatura, cuya función sería 2) interpretar a las nuevas sociedades para así poder 3) completar la revolución en un plano más alto, espiritual<sup>3</sup>. El instrumento más adecuado que encontraron los románticos para implementar su programa fue el

2 ALBERDI, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Buenos Aires: Biblos, 1984, p. 127.

3 ALBERDI, Juan Bautista. Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social: y de esta exigencia con otra general del espíritu humano. In: WEINBERG, Félix. *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette, 1977, p. 141.

18  
 un compl. org. social  
 de 1820  
 → M. H. 2. 62

suplir una  
 un compl. org.  
 de 1820 y 1830  
 poder en orden  
 por sí  
 otro período  
 en para do  
 haberse por  
 de 1820, 1830  
 de 1820 y 1830

7

historicismo, tanto en su sentido filosófico estricto como en el de una noción de la importancia que tiene la historia para darle un significado al presente.

### Literatura y sociedad 1830-1870: hacia la articulación de una sociabilidad romántica

El proyecto cultural de la generación romántica fue determinado en cuanto a sus líneas directrices por la forma que asumió la inserción social de sus miembros. Pertenecientes al sector letrado de las élites criollas que se habían apropiado del poder antes ejercido por el funcionariado español o portugués, las modalidades de sociabilidad a través de las cuales se desplegaría su discurso, los específicos contornos asumidos por éste, los modos con que articularía su representación del conjunto social y el registro ideológico de sus enunciados se vieron ineluctablemente condicionados por aquella ubicación social. La configuración particular dada a las relaciones entre el poder y la palabra por esta identidad social de los escritores latinoamericanos fue resumida por Ángel Rama bajo el concepto de "ciudad letrada". Para Rama, el ejercicio intelectual en América Latina se ha definido desde los comienzos de la época colonial por el papel privilegiado que se le otorgó a la palabra escrita como intermediaria entre las verdades eternas del espíritu, la Ciudad de Dios, y la ciudad terrenal, concreta, la *polis*. Pero este papel intermediario entre lo utópico y lo real no se limitó históricamente a la representación neoplatónica que de él hizo el clero colonial, sino que se prolongó a través de los siglos como una intermediación, a través del manejo de la palabra escrita, entre el poder y la sociedad. Este papel de intermediarios, siguiendo el argumento de Rama, constituía la base de su propio poder en la sociedad: les confería a los intelectuales latinoamericanos una supremacía social. Como decía Rama:

Si no fuera bastante con la conciencia de que son dueños de un poder propio (intelectual, imaginativo, exegético) contarían con la serena experiencia de su inserción en los engranajes del poder político-social<sup>4</sup>.

Para explicar esta jerarquía privilegiada de la intelectualidad americana, Rama postulaba en primer lugar el hecho de que el grupo fue siempre netamente urbano, y en segundo término

4 RAMA, Ángel. La ciudad letrada. In: MORSE, Richard y HARDOY, Jorge E. (comps.). *Cultura urbana latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, 1985, p. 20.

el puesto que ocupa el grupo en la intermediación, por el manejo de los instrumentos de comunicación social y porque mediante ellos desarrolla la ideologización destinada al público<sup>5</sup>.

Pero principalmente hace hincapié en el papel de los intelectuales como "los únicos ejercitantes de la *letra* en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la *escritura* en una sociedad analfabeta"<sup>6</sup>. Esta caracterización del papel social de los intelectuales latinoamericanos en la *longue durée* es válida también para el caso específico de los románticos. Su proyecto cultural apuntaría a una legitimación del grupo letrado como interlocutor privilegiado frente al nuevo poder político, cuando no como detentador directo de aquel poder. Los románticos, al proclamarse los intérpretes de la verdadera esencia de la sociedad, justificaban tácitamente su derecho a participar en el diseño de las políticas destinadas a regir y a modificar esa misma sociedad.

Describiendo en 1846 a los poetas contemporáneos que había escogido para su antología, Juan María Gutiérrez decía:

Los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas Legislativas, representaron a sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron a veces, y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administración de sus respectivas repúblicas<sup>7</sup>.

Si bien Gutiérrez, al hacer esta declaración, se refería más a los poetas neoclásicos de su antología, entre los cuales se destacaban Andrés Bello, José Joaquín de Olmedo y Andrés Quintana Roo, que a los de índole romántica, quienes por su relativa juventud en aquel momento aún no habían completado su ingreso a las esferas del poder, el concepto se vería confirmado también para el caso de estos últimos, en las siguientes décadas.

Todos los escritores románticos, no sólo los poetas, accederían a una relación privilegiada con el poder en diversos momentos de su vida. El propio Gutiérrez llegaría a ser ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina en la década de 1850, una vez terminado su exilio, y más tarde sería congresista y rector de la Universidad de Buenos Aires. Para sólo nombrar algunos ejemplos, entre los argentinos el historiador Bartolomé Mitre llegaría a ser presidente, al igual que el autor del *Facundo*; en Chile el poeta Salvador Sanfuentes sería gobernador de provincia y repetidas veces diputado nacional; José Victorino Lastarria ejercería cuanto cargo se le ofrecía a un hombre público, menos la presidencia, y completaría sus días ejerciendo la presidencia del Tribunal Supremo de su patria, y el historiador Benjamín Vicuña Mackenna tendría la ocasión

5 Id., *ibid.*, p. 21.

6 Id., *ibid.*

7 GUTIÉRREZ, Juan María. *América poética*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1846, p. viii.

de emular, de forma muy deficiente en cuanto a estética, al Barón Haussmann en su ejercicio de la Intendencia de Santiago. Entre los brasileños, el novelista José de Alencar fue diputado por el estado de Ceará y ministro de Justicia entre 1868 y 1870; carrera similar seguiría el también novelista Visconde de Taunay, de profesión militar, quien llegaría a ser diputado nacional y gobernador de la provincia de Santa Catarina. La carrera diplomática, siempre una tentación para los escritores latinoamericanos, estuvo particularmente poblada de literatos durante la época romántica. Los poetas brasileños Domingos José Gonçalves de Magalhães y Antonio Gonçalves Dias pasaron por ella, al igual que su compatriota historiador Francisco Adolfo de Varnhagen, como también el chileno Alberto Blest Gana, el argentino Juan Bautista Alberdi y el mexicano Ignacio Manuel Altamirano.

Estos pocos ejemplos son paradigmáticos del tipo de articulación que se estableció entre la clase letrada y el poder político y social en todos los países de la región durante la ascendencia de los románticos. Sin embargo, si los rasgos comunes que manifestó la "ciudad letrada" a lo largo de toda la zona determinaron que el romanticismo latinoamericano presentara un perfil cultural en gran medida unitario frente a los romanticismos europeos (sin que esto implicara necesariamente mayor índice de autonomía que el que habían tenido los movimientos culturales que le precedieron), las diferencias importantes que existían tanto en el plano cultural como en el social o político entre un pueblo y otro no dejaron por eso de existir. Estos contrastes llevarían a una modulación, a veces casi imperceptible, a veces de marcadas aristas, del contenido temático de la producción romántica entre una situación nacional y otra. El universo de tonos y sentimientos, de imágenes y juicios, que componía la obra literaria romántica, nunca fue homogéneo y se fragmentaría progresivamente a manera que avanzara la consolidación de las nuevas identidades nacionales, aún endebles en los comienzos de su actividad.

Entre los factores principales que influyeron en esta diferenciación de las literaturas regionales del romanticismo estuvo el problema de la institucionalidad cultural. La red institucional que emergiera en cada una de las distintas repúblicas, configurando territorios culturales diversos entre sí paralelamente a la sucesión de avatares que fueron conformando sus respectivas historias nacionales, incidiría sobre las formas asumidas por el discurso romántico y el espacio literario que éste articularía. Esas instituciones culturales, diferentes de un país a otro, diseñarían espacios autónomos de sociabilidad dentro de los cuales se podía generar un discurso, y dotarlo de una cierta legitimidad frente al conjunto de la sociedad. Los escritores del romanticismo sentirían de forma visceral la importancia que tenía para el discurso su lugar de enunciación, y cuando el ámbito institucional faltara, no trepidarían en inventarlo.

La importancia de la institución cultural como lugar de enunciación del discurso derivaba del hecho de que la escritura se producía en un medio en el cual el público lector era muy exiguo, donde por ende no existía una opinión pública

desarrollada y donde los cánones del gusto literario poseían una legitimidad muy frágil. El ámbito institucional servía entonces por una parte como territorio dentro del cual el discurso podía generar su propia legitimidad frente al conjunto de la sociedad, y donde, por otra parte, se inventaba un público, y se apuntaba a la formación de una sociabilidad literaria. La soledad, tema largamente trillado por la literatura romántica, era, en un sentido intelectual, un problema concreto para los escritores latinoamericanos de esa época, y no sólo para los románticos. Por ejemplo, en 1858, el ensayista boliviano Gabriel René-Moreno describía del siguiente modo la situación de los poetas de su patria:

Aislados, sin agruparse para formar alguna especie de gremio, cada uno en su ciudad, dentro del círculo de sus relaciones meramente privadas, algunos sin conocerse ni tratarse, casi siempre sin un órgano adecuado que les sirva de trípode en la prensa, careciendo de una capital que sea para ellos centro de ciertas ventajas especiales a la vez que escuela común y teatro permanente de noble emulación [...]»<sup>8</sup>.

Si bien la situación boliviana, como la percepción que tenía René-Moreno de ella, marca un límite extremo, la cuestión del aislamiento de los intelectuales estaba vigente también en los demás países de la región. La invención de nuevos espacios institucionales, o una inserción en los preexistentes, representaba una solución posible, aunque parcial, a este problema.

De las distintas formas de institución cultural, la principal durante este período fue la universidad. Las características que ésta revistiera, las ideologías que circularan hegemónicas en su interior, determinarían en gran medida los límites entre un "decir" consensuado como legítimo por la clase letrada y otro expulsado al espacio mudo de la exterioridad. Por este motivo, la cuestión universitaria ocuparía un lugar central en las estrategias institucionales de la generación romántica, como antes para los neoclásicos y prerrománticos.

La situación de la universidad variaba de país a país, e incluso de una provincia a otra. En México y Perú o en la ciudad de Córdoba en Argentina, la universidad arrastraba una pesada herencia colonial, que si por una parte (en el caso de las dos primeras) le otorgaba un mayor grado de estabilidad a sus estructuras, articulando así un espacio particularmente apropiado para la generación de un discurso académicamente legitimado, por otra parte reforzaba la continuidad de modelos ideológicos anteriores a la independencia, y reducía las posibilidades de que fueran modificados para entrar en un mayor grado de consonancia con las ideologías hegemónicas en la sociedad en su conjunto. Por ejemplo, en 1852, el mismo año en que Alberdi publicaba sus *Bases*, Sarmiento su *Argirópolis* y Santiago Arcos su adelantada *Carta de Mendoza*, en la Universidad de Córdoba, en Argentina, tenía lugar una disputa sobre el carácter jansenista

<sup>8</sup> RENÉ-MORENO, Gabriel. *Estudios de literatura boliviana*. La Paz, 1975, p. 83-4.

u ortodoxo del tratado teológico llamado el Lugdunense. En el extremo opuesto se situaba un país como Uruguay, o algunos de América Central, que directamente carecían de universidad, y en los cuales se improvisarían diversos ensayos de institucionalización de la educación superior, derivando en instituciones cuyas matrices ideológicas eran generalmente avanzadas para la época. Entre ambos términos, se situaban las soluciones intermedias, como la fundación de nuevas universidades o la reforma exhaustiva de las existentes: Brasil con su tradición pombalina, trasladada al nuevo Reino a principios del siglo XIX, Chile al sustituir la anquilosada San Felipe por la Universidad de Chile, diseñada por Andrés Bello.

Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que la universidad raras veces se convirtió efectivamente en el ámbito desde el cual se generara un discurso durante los años románticos, funcionando en cambio como instancia legitimadora de los discursos que circulaban en la sociedad. Aunque hubo excepciones importantes a esta regla, por ejemplo, la Universidad de Chile, a través de la institución de su serie de "Memorias Históricas" que articularían la estructura efectiva del discurso sobre la historia en Chile, o quizás también la Faculdade de São Paulo, en cuyo seno se constituirían una serie de sociedades literarias, comenzando con la Sociedade Filomática, y en torno de la cual se generaría un clima cultural que haría posible la producción de artefactos literarios como los escritos "satanistas" de Álvares de Azevedo, en la mayoría de los casos los románticos se encontraron con una universidad que no les podía servir como el lugar desde el cual pondrían en circulación su discurso literario. Además, como consecuencia de las peripecias experimentadas por la política nacional en la mayor parte de los países durante esos años, y dada la endeble autonomía de que gozaba la universidad frente a otras instancias de poder social, en algunos casos las universidades ni siquiera podían cumplir con su mínima función de ámbito legitimador de un discurso. Bajo regímenes como el rosista en Argentina, como lo descubrieron los escritores de la proscripción, la universidad desaparecía como una instancia culturalmente relevante<sup>9</sup>. Ante este tipo de situación los escritores buscarían generar sus propios ámbitos de sociabilidad.

Las sociedades literarias formaron la principal alternativa postulada a ese espacio universitario tan poco acogedor. Este tipo de agrupación había estado presente en América Latina desde larga data, aunque las modalidades modernas que asumiera sólo tomaron cuerpo en la segunda mitad del siglo XVIII, al amparo de los primeros destellos de una secularización de la cultura promovidos por los regímenes ilustrados luso y español. En los nuevos Estados independientes, este tipo de sociedad proliferaría, pero sería recién con los neoclásicos cuando comenzarían a funcionar como centros articuladores de una ideología literaria. Para los

<sup>9</sup> Efectivamente, junto con la persecución a sus opositores, que no podía dejar incólume al ámbito universitario de la época, Rosas, por razones de economía, suprimió la partida que el Estado destinaba al mantenimiento de la Universidad de Buenos Aires, efectuando así una especie de "privatización" que se tradujo en una fuerte decadencia de la universidad.

románticos, pues, su recurso a éstas como forma de dotar a su discurso de una legitimidad institucional no debe resultar sorprendente. Estas asociaciones funcionarían para ellos, además, como ámbitos de sociabilidad en cuyo seno se articularía un lenguaje artístico común, y donde se discriminaría entre opciones estéticas rivales. Sin embargo, las formas específicas asumidas por estas sociedades serían muy sensibles a las variantes políticas y sociales existentes de un país a otro, aunque compartieran un paradigma común en toda América Latina.

Por ejemplo, en aquellos países como la Argentina, donde la evolución literaria llevaría a los integrantes del movimiento romántico a subrayar con mayor énfasis sus elementos de ruptura con el pasado, las sociedades literarias tenderían a mostrar un fuerte sesgo generacional. Este fue el caso del Salón Literario de 1837, en el cual los románticos hicieron su primera aparición pública en tanto movimiento que, si bien estuvo presidido por miembros de la anterior generación, como Marcos Sastre, Vicente Lopez y Planes o Pedro de Ángelis, no tardaría en ser monopolizado por los jóvenes románticos. Cuando las diferencias insalvables entre la juventud romántica, la "Nueva Generación" como gustaban llamarse a sí mismos, y la vieja guardia se tomaron demasiado evidentes, los primeros trocaron su participación en el Salón por actividades que respondieran más directamente a sus necesidades e intereses. Bajo la inspiración de Esteban Echeverría, el introductor de la nueva modalidad literaria en el Plata, se organizaron en dos nuevas asociaciones, la Joven Argentina, de clara inspiración mazziniana, y la Asociación de Mayo. Por las condiciones políticas entonces imperantes en Argentina, estas organizaciones integraron a su finalidad un elemento político de aristas muy marcadas. La existencia de la dictadura de Rosas obligaba, desde el punto de vista de Echeverría y sus seguidores, a tomar partido y a contribuir a la organización de una oposición liberal en el país.

Sin embargo, esta coexistencia de política y literatura en el interior de una misma organización no fue simplemente un retorno a experiencias que ya habían sido hechas durante el auge del neoclasicismo, sino que los románticos proclamaban la unidad de la política y la literatura. Ya en el Salón Literario, Alberdi había enunciado un programa de trabajos para la generación romántica cuyo fin era entender la sociedad argentina para así poder reencauzarla por la senda que creían haberles sido indicada por la Revolución de Mayo.

Esta unidad de la actividad poética con la política fue, por supuesto, una noción común al pensamiento romántico en todos los países del continente, como lo había sido también en Europa. Pero en el caso argentino, las características particularmente autoritarias del régimen rosista condujeron a una exacerbación de ese sentimiento de unidad, dándole una proyección institucional en la forma de organizar las sociedades literarias que no tendría en otras partes. La Asociación de Mayo, dotada de un "Credo"<sup>10</sup> y de rituales reminiscentes del mazzinianismo

<sup>10</sup> ECHEVERRÍA, Esteban. *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*. Montevideo, 1838. Hay ediciones posteriores. Véase por ejemplo las "Palabras simbólicas".

y de la masonería, establecería filiales en todo el territorio argentino, propagando así las grandes líneas ideológicas del romanticismo bonaerense, tanto en un plano estético como político. Por ejemplo, Manuel José Quiroga Rosas<sup>11</sup> organizaría la filial de San Juan, a través de la cual Sarmiento tomaría su primer contacto con las nuevas corrientes del pensamiento europeo. Durante todos los años del rosismo (1835-1852), las sociedades literarias argentinas tendrían este carácter relativamente politizado, y las modalidades de sociabilidad que de aquellos ámbitos surgirían resentirían claramente esa influencia: hecho de ninguna forma ajeno a las características formales y a los contenidos exhibidos por la literatura argentina de este período.

En otros países, en cambio, las sociedades literarias manifestarían una finalidad y una organización distintas. En Chile, donde la figura de Andrés Bello obraría como un "poder moderador" durante la mayor parte de la época en que reinó el romanticismo, la representación que éste hizo de sí mismo en tanto movimiento fue mucho menos rupturista que en el caso argentino. Esto era visible en la Sociedad Literaria, organizada bajo los auspicios de José Victorino Lastarria en 1842. Mientras que la sede del Salón Literario argentino había sido una librería de reciente fundación (la de Marcos Sasue) y no había tenido ningún vínculo directo con las instituciones de educación superior, la Sociedad dirigida por Lastarria se reunía en el Instituto Nacional (el colegio secundario de la élite chilena), y sus miembros provenían en gran medida del alumnado del propio Lastarria, quien ejercía como docente en ese establecimiento. Tanto Lastarria como Bello eran bastante mayores que los jóvenes románticos a quienes el primero se proponía organizar. Como la Sociedad Literaria de 1842 que inauguró al romanticismo como movimiento literario local, así fueron casi todas las asociaciones literarias en torno a las cuales se articularía el romanticismo durante las siguientes décadas: en más de un caso, un Lastarria más viejo y de mayor jerarquía institucional continuaría haciendo de dirigente de las nuevas juventudes románticas.

Aquel carácter claramente generacional que tuvieron las asociaciones de los argentinos desde un principio fue menos marcado en Chile. Las características de la sociedad chilena en su conjunto, en aquel momento histórico, tuvieron mucho que ver en esto. Una mayor rigidez en cuanto a convenciones sociales y divisiones clasistas produciría una clase gobernante relativamente cerrada y consciente de su hegemonía no sólo política y económica, sino también cultural; una mayor estabilidad política junto con una conflictividad interpartidista menos dramática que en Argentina permitirían que las instituciones del Estado mantuvieran un mayor grado de legitimidad y de organicidad institucional de lo que fue común

11 Fue autor de *Sobre la naturaleza filosófica del derecho* (Buenos Aires, 1837), un texto parecido al de Alberdi en cuanto a la finalidad de sus argumentos, pero más inclinado hacia una interpretación jusnaturalista del derecho; por ende, sin los destellos positivistas que marcaban ya el pensamiento del tucumano.

en el resto de América Latina, a la vez que la continuada hegemonía de la Iglesia Católica en el espacio público mantendría en circulación valores y creencias anteriores al proceso de secularización de la cultura que el romanticismo de alguna manera llevaba implícito.

Ante este panorama, por una parte, las sociedades literarias no reemplazarían a las instituciones oficiales del Estado como espacios generadores de la legitimidad del discurso, mientras que, por otra parte, esa misma legitimidad se vería encerrada dentro de límites fijados por normas exteriores al campo intelectual. La prohibición de la *Sociabilidad chilena*<sup>12</sup>, como la reacción ante la experiencia de la Sociedad de la Igualdad, indicaban en un plano ideológico niveles de resistencia que venían manifestándose en el estético. En consecuencia, el papel de vanguardia estética sería ocupado por extranjeros, principalmente por los escritores de la emigración argentina. Las innovaciones estéticas y filosóficas introducidas por ellos provocarían fuertes resistencias no sólo entre la generación neoclásica de Bello, sino entre sus propios contemporáneos.

Constituido así el campo literario, la Sociedad Literaria ocuparía un lugar dentro del mismo que le indicaría modos de decir y actuar: contendría un fuerte componente de nacionalismo cultural (ausente de su contraparte argentina en sus comienzos), a la vez que se atenuaría el corte generacional hasta casi desaparecer. Sucesivas experiencias de asociación literaria se verían marcadas, en el romanticismo chileno, tanto por el ejemplo de esa primera iniciativa, como por los rasgos sociales más generales arriba esbozados. De este modo, al igual que en la Argentina, las redes de sociabilidad que se tejerían en el seno de las sociedades literarias se adecuarían a modalidades específicas de articulación que, a su vez, incidirían sobre las posibilidades enunciativas del discurso literario, abriéndole una brecha a ciertas formas del sentir y del decir, con el mismo gesto con que se la cerraba a otras.

No es difícil encontrar otros ejemplos dispares del funcionamiento, estructura y contenido ideológico de las sociedades literarias del romanticismo latinoamericano. La Academia de San Juan de Letrán<sup>13</sup>, de México, exhibe rasgos

12 Obra publicada por Francisco Bilbao en 1844. Fue condenada por la Iglesia católica local en un auto de fe, y a su autor le valió una multa y un período de exilio en Europa. Cf. BARROS ARANA, Diego. *Un decenio en la historia de Chile*, t. 1 (figura como tomo 14 en sus *Obras completas*). La "Sociabilidad chilena" puede encontrarse en la edición de las *Obras completas* de Bilbao hecha por su hermano en Buenos Aires, 1865-1866, o en la de Pedro Pablo Figueroa, Santiago, 1894. En ambas figura en el primer tomo.

13 Esta sociedad fue organizada en 1836, en la institución secundaria de ese nombre. En sus *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto se adjudica a sí mismo, a los hermanos José María y Juan Lacunza y a Manuel Tonat Ferrer el honor de haber fundado la Academia de San Juan de Letrán. Dice que ésta surgió de una tertulia de los cuatro amigos en el cuarto de José María Lacunza, en ese colegio. Sobresale el carácter ecléctico de las influencias literarias que menciona: Herrera y fray Luis de León compartían indistintamente las aficiones de los jóvenes literatos junto con Byron, Ossian y Schiller. La formalización de la tertulia en una asociación de sesgo oficial es descrita con cierta displicencia: "Una tarde de junio de 1836, este deseo no sé por qué tuvo mayores creces, y resolvimos valientemente establecernos

propios de una institucionalización más antigua de la esfera intelectual, junto con las preocupaciones propias de un medio en el cual el catolicismo se presentaba como problema a los escritores de la época (el caso del *succès de scandale* de Ignacio Ramírez al ser admitido en la Academia, cuando leyó un texto en defensa del ateísmo, por ejemplo), mientras que en Bolivia aparecen sociedades literarias<sup>14</sup> en fecha más tardía que en otros países (1850), hegemónicas por el clero y organizadas alrededor de un romanticismo de neta filiación católica. Los casos chileno y argentino que han sido abordados aquí sirven para ilustrar el grado de diversidad que podía introducir la situación particular de distintos países en distintos momentos históricos en las formas de manifestarse de una modalidad institucional que era esencialmente la misma para todo el movimiento romántico.

Junto con las asociaciones literarias, los escritores románticos se articularon en torno a otras manifestaciones culturales que les permitieron identificarse como grupo: los certámenes literarios y los órganos de prensa que ellos establecieron. (No pocas veces, ambas actividades estuvieron asociadas directamente con alguna sociedad literaria, funcionando como apéndice de ésta.) En el caso de los certámenes literarios, sirvieron de instrumento para la consolidación de una identidad grupal, al igual que las sociedades literarias, operando como ritos de mutua identificación entre los cultores de una estética romántica; pero también funcionaron como una forma de proyección social de los grupos románticos.

En contraposición al ingreso restringido de las sesiones de las sociedades literarias, los certámenes estuvieron generalmente abiertos a un público, si no

en Academia que tuviera el nombre de nuestro Colegio, instalándonos al momento y convidando a nuestros amigos, siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación". Entre los primeros miembros, aparte de los ya mencionados, recordaba a Eulalio M. Ortega, Joaquín Navarro y Antonio Larrañaga. Así relata el ingreso de Andrés Quintana Roo, un hombre entonces de avanzada edad y de posición encumbrada en la sociedad política mexicana de la época: "— Vengo a ver qué hacen mis muchachos. La Academia se puso de pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos [...]. El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fue pronunciado por todos los labios y por aclamación irresistible fue elegido nuestro presidente perpetuo". Quintana Roo pertenecía a las filas neoclásicas ("Era Quintana distinguidísimo latinista, y su conversación estaba matizada con citas de Cicerón, de Horacio y de Virgilio"), y en consecuencia su presencia serviría para moderar el algo ya matizado ardor romántico de sus alumnos. A Quintana se sumarían pronto Manuel Carpio y José Joaquín Pesado, neoclásicos también. Dentro de esta sociabilidad conservadora, en la cual circulaban de forma privilegiada los valores estéticos propios de una literatura neoclásica y de una política entre liberal doctrinaria y cristianamente piadosa, el ingreso ruidoso de Ignacio Ramírez serviría de catalizador para que ganara terreno entre los miembros más jóvenes una visión romántica de la literatura y la sociedad.

<sup>14</sup> Entre otras, está el caso de la Sociedad Católico-Literaria, que editaba el periódico *El Amigo de la Verdad*, y uno de cuyos miembros fue el poeta Manuel Tovar. Fue fundada en Sucre, en 1850. Rivalizaba con otra sociedad literaria nacida el mismo año, la Sociedad Filética de Sucre, considerada por sus contemporáneos como enciclopedista y librepensadora. Es interesante notar que uno de los románticos argentinos, Félix Frías, miembro de la Asociación de Mayo y proscripito como sus compañeros, comenzaría su evolución ideológica hacia un ultramontanismo poco común entre los argentinos de su generación, durante su inmersión en el medio cultural boliviano (donde redactó *El Fénix Boliviano*) en la década de 1840. El catolicismo ejerció una influencia mayor que en otras partes en la configuración del romanticismo boliviano.

siempre general, al menos más extenso que el de los escritores románticos, y, por el hecho de privilegiar el aspecto oral de la literatura, podían lograr una trascendencia fuera del círculo estrecho de la ciudad letrada, proyectándose hacia esa gran mayoría aún excluida de la palabra escrita. Estas ceremonias tampoco fueron invento de los románticos; al igual que las sociedades literarias, tenían antecedentes coloniales de prosapia muy antigua. Pero, al ser adoptadas como una modalidad pública de la nueva sociabilidad romántica, mudarían de sustancia, perdiendo el carácter sacro que habían solido tener en la época prerrepública, e integrándose al proceso de secularización cultural que las reformas dieciochescas y la independencia habían puesto en marcha.

Donde antes se organizaban los certámenes literarios para celebrar fiestas religiosas o las efemérides de reyes y virreyes, los certámenes de la época romántica se harían para conmemorar fechas patrias u otras ocasiones relacionadas con la vida cívica de las nuevas naciones (batallas, pactos de pacificación, etc.). Por ejemplo, aquel célebre de 1841 de Montevideo fue decretado en conmemoración del "25 de Mayo", fecha patria que entonces compartían el Uruguay y Argentina, y como instrumento de agitación cívica en momentos en que la política liberal del gobierno de Montevideo pasaba por grandes peligros como consecuencia de las guerras civiles platenses. En él participaron como concursantes Juan María Gutiérrez (el ganador), José Mármol, Luis Domínguez, Juan Bautista Alberdi, o sea, la primera fila del romanticismo argentino, mientras que en el jurado estuvieron algunos de los poetas más conocidos de la generación neoclásica, como Florencio Varela, en un caso curioso de reconocimiento de la nueva generación por sus mayores<sup>15</sup>. Este ejemplo ilustra también otra función de los certámenes: el "descubrimiento" de nuevos talentos y la consiguiente expansión del círculo literario, junto con la legitimación o relegitimación de los talentos establecidos.

En lo que respecta a las publicaciones periódicas de los románticos, éstas, al igual que la edición de sus textos, se vinculan directamente con el problema de la circulación de la literatura en una sociedad mayoritariamente analfabeta. El elemento señalado por Rama como principal al enumerar los factores que contribuyeron a generar la particular relación entre la palabra escrita y el poder en el modelo de la ciudad letrada fue éste: el hecho dramático de la reproducción de una cultura literaria en el seno de una sociedad cuyos miembros en su gran mayoría estaban excluidos de ella.

<sup>15</sup> REAL DE AZÚA, op. cit., p. 41. Es sugestivo también que otro de los galardonados haya sido Francisco Acuña de Figueroa, poeta de clara estirpe neoclásica, pero no del todo reacio a componer versos en una vena romántica, de vez en cuando. Las fronteras entre romanticismo y neoclasicismo fueron siempre de gran fluidez, y para establecer los límites, aunque imperfectos, entre una tendencia y otra, es necesario remitirse a la totalidad de la obra y a las relaciones establecidas entre el discurso allí enunciado y el proceso social dentro del cual servía para articular las representaciones imaginarias del mismo.

propios de una institucionalización más antigua de la esfera intelectual, junto con las preocupaciones propias de un medio en el cual el catolicismo se presentaba como problema a los escritores de la época (el caso del *succès de scandale* de Ignacio Ramírez al ser admitido en la Academia, cuando leyó un texto en defensa del ateísmo, por ejemplo), mientras que en Bolivia aparecen sociedades literarias<sup>14</sup> en fecha más tardía que en otros países (1850), hegemónicas por el clero y organizadas alrededor de un romanticismo de neta filiación católica. Los casos chileno y argentino que han sido abordados aquí sirven para ilustrar el grado de diversidad que podía introducir la situación particular de distintos países en distintos momentos históricos en las formas de manifestarse de una modalidad institucional que era esencialmente la misma para todo el movimiento romántico.

Junto con las asociaciones literarias, los escritores románticos se articularon en torno a otras manifestaciones culturales que les permitieron identificarse como grupo: los certámenes literarios y los órganos de prensa que ellos establecieron. (No pocas veces, ambas actividades estuvieron asociadas directamente con alguna sociedad literaria, funcionando como apéndice de ésta.) En el caso de los certámenes literarios, sirvieron de instrumento para la consolidación de una identidad grupal, al igual que las sociedades literarias, operando como ritos de mutua identificación entre los cultores de una estética romántica; pero también funcionaron como una forma de proyección social de los grupos románticos.

En contraposición al ingreso restringido de las sesiones de las sociedades literarias, los certámenes estuvieron generalmente abiertos a un público, si no

en Academia que tuviera el nombre de nuestro Colegio, instalándonos al momento y convidando a nuestros amigos, siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación". Entre los primeros miembros, aparte de los ya mencionados, recordaba a Eulalio M. Ortega, Joaquín Navarro y Antonio Larrañaga. Así relata el ingreso de Andrés Quintana Roo, un hombre entonces de avanzada edad y de posición encumbrada en la sociedad política mexicana de la época: "— Vengo a ver qué hacen mis muchachos. La Academia se puso de pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos [...]. El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fue pronunciado por todos los labios y por aclamación irresistible fue elegido nuestro presidente perpetuo". Quintana Roo pertenecía a las filas neoclásicas ("Era Quintana distinguidísimo latinista, y su conversación estaba matizada con citas de Cicerón, de Horacio y de Virgilio"), y en consecuencia su presencia serviría para moderar el algo ya matizado ardor romántico de sus alumnos. A Quintana se sumarían pronto Manuel Carpio y José Joaquín Pesado, neoclásicos también. Dentro de esta sociabilidad conservadora, en la cual circulaban de forma privilegiada los valores estéticos propios de una literatura neoclásica y de una política entre liberal doctrinaria y cristianamente piadosa, el ingreso ruidoso de Ignacio Ramírez serviría de catalizador para que ganara terreno entre los miembros más jóvenes una visión romántica de la literatura y la sociedad.

<sup>14</sup> Entre otras, está el caso de la Sociedad Católico-Literaria, que editaba el periódico *El Amigo de la Verdad*, y uno de cuyos miembros fue el poeta Manuel Tovar. Fue fundada en Sucre, en 1850. Rivalizaba con otra sociedad literaria nacida el mismo año, la Sociedad Filética de Sucre, considerada por sus contemporáneos como enciclopedista y librepensadora. Es interesante notar que uno de los románticos argentinos, Félix Frías, miembro de la Asociación de Mayo y proscripto como sus compañeros, comenzaría su evolución ideológica hacia un ultramontanismo poco común entre los argentinos de su generación, durante su inmersión en el medio cultural boliviano (donde redactó *El Fénix Boliviano*) en la década de 1840. El catolicismo ejerció una influencia mayor que en otras partes en la configuración del romanticismo boliviano.

siempre general, al menos más extenso que el de los escritores románticos, y, por el hecho de privilegiar el aspecto oral de la literatura, podían lograr una trascendencia fuera del círculo estrecho de la ciudad letrada, proyectándose hacia esa gran mayoría aún excluida de la palabra escrita. Estas ceremonias tampoco fueron invento de los románticos; al igual que las sociedades literarias, tenían antecedentes coloniales de prosapia muy antigua. Pero, al ser adoptadas como una modalidad pública de la nueva sociabilidad romántica, mudarían de sustancia, perdiendo el carácter sacro que habían solido tener en la época prerrepública, e integrándose al proceso de secularización cultural que las reformas dieciochescas y la independencia habían puesto en marcha.

Donde antes se organizaban los certámenes literarios para celebrar fiestas religiosas o las efemérides de reyes y virreyes, los certámenes de la época romántica se harían para conmemorar fechas patrias u otras ocasiones relacionadas con la vida cívica de las nuevas naciones (batallas, pactos de pacificación, etc.). Por ejemplo, aquel célebre de 1841 de Montevideo fue decretado en conmemoración del "25 de Mayo", fecha patria que entonces compartían el Uruguay y Argentina, y como instrumento de agitación cívica en momentos en que la política liberal del gobierno de Montevideo pasaba por grandes peligros como consecuencia de las guerras civiles platenses. En él participaron como concursantes Juan María Gutiérrez (el ganador), José Mármol, Luis Domínguez, Juan Bautista Alberdi, o sea, la primera fila del romanticismo argentino, mientras que en el jurado estuvieron algunos de los poetas más conocidos de la generación neoclásica, como Florencio Varela, en un caso curioso de reconocimiento de la nueva generación por sus mayores<sup>15</sup>. Este ejemplo ilustra también otra función de los certámenes: el "descubrimiento" de nuevos talentos y la consiguiente expansión del círculo literario, junto con la legitimación o relegitimación de los talentos establecidos.

En lo que respecta a las publicaciones periódicas de los románticos, éstas, al igual que la edición de sus textos, se vinculan directamente con el problema de la circulación de la literatura en una sociedad mayoritariamente analfabeta. El elemento señalado por Rama como principal al enumerar los factores que contribuyeron a generar la particular relación entre la palabra escrita y el poder en el modelo de la ciudad letrada fue éste: el hecho dramático de la reproducción de una cultura literaria en el seno de una sociedad cuyos miembros en su gran mayoría estaban excluidos de ella.

<sup>15</sup> REAL DE AZÚA, op. cit., p. 41. Es sugestivo también que otro de los galardonados haya sido Francisco Acuña de Figueroa, poeta de clara estirpe neoclásica, pero no del todo reacio a componer versos en una vena romántica, de vez en cuando. Las fronteras entre romanticismo y neoclasicismo fueron siempre de gran fluidez, y para establecer los límites, aunque imperfectos, entre una tendencia y otra, es necesario remitirse a la totalidad de la obra y a las relaciones establecidas entre el discurso allí enunciado y el proceso social dentro del cual servía para articular las representaciones imaginarias del mismo.



Como se mencionó arriba, ante esta situación, el problema de la soledad intelectual era para los románticos prioritario. Las publicaciones periódicas funcionarían, por ende, como instrumento para la invención de un público y la articulación de un mercado. Las revistas literarias de los románticos servirían no sólo para aglutinar en torno a una propuesta estética e ideológica particular a un grupo de escritores, generando entre ellos una conciencia de ser partícipes en una empresa compartida, sino que también apuntarían a una reorganización de las preferencias del público lector, dando lugar de esa forma a un nuevo espacio social para la circulación de los valores de vanguardia que ellos defendían. Los primeros románticos brasileños lanzarían su nuevo modelo literario a través de las páginas de *Nitheroy* (París, 1836), los románticos argentinos en *La Moda* (Buenos Aires, 1838), de Alberdi, o *El Zonda* (San Juan, 1838) de Sarmiento, los uruguayos por medio de *El Iniciador* (Montevideo, 1839) de Miguel Cané y Andrés Lamas, los chilenos en *El Semanario de Santiago* (Santiago de Chile, 1842) y los mexicanos en *El Domingo y El Artista*<sup>16</sup>.

En estos casos, como en tantos otros que jalonaron la historia del romanticismo en la región, el anhelo de dar origen a un público para las nuevas proposiciones estéticas chocaría con la exiguidad del público lector total, dificultando también los textos editados por los románticos. Varias soluciones fueron ensayadas ante este problema. Una era la publicación europea con lo cual, presumiblemente, se pretendería captar un público más amplio que el estrechamente nacional. El grupo animador de *Nitheroy*, por ejemplo, manejó una estrategia de acercamiento simultáneo a un público académico francés (a través del Instituto Histórico de París), a la intelectualidad romántica portuguesa (en la persona de Almeida Garrett) y al público brasileño hacia el cual iba dirigida su publicación y las propuestas ideológicas allí contenidas<sup>17</sup>. Si bien la edición de un periódico literario en Europa fue antes la excepción que la regla (respondiendo en el caso citado a una situación particular de los editores), la búsqueda de un público y de un mercado europeo para la consagración de autores y obras latinoamericanos comenzó a vislumbrarse como una salida potencial al dilema que implicaba para el escritor la endeble naturaleza del campo intelectual local durante la época romántica. Los casos en que se escogió esta vía son múltiples, desde Francisco

16 La Academia de San Juan de Letrán publicó entre 1837 y 1839 tres tomos de *Año Nuevo*, publicación periódica destinada a divulgar los trabajos de los miembros de esa sociedad. El carácter de esos trabajos concordaba con lo que Prieto consideraba el mayor logro de la Academia: "Lo grande y trascendental de la Academia fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar" (*Memorias*, p. 96). *El Siglo XIX*, diario fundado en 1842, articularía a toda la generación romántica en torno a un proyecto político y social. Entre sus colaboradores estuvieron Mariano Otero, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Manuel Orozco y Berra. De sus jóvenes colaboradores, como Fernando Calderón o Ignacio Rodríguez Galván, refiere Prieto que exclamaba el jefe de redacción, Juan B. Morales: "¡Valen plata estos románticos!". De la década de 1840 son también *El Domingo y El Artista*.

17 CANDIDO, Antonio. *Formação da literatura brasileira*. 2. ed. Belo Horizonte: Itatiaia, 1981, t. 2, p. 9-22, 328-43.

Bilbao, quien logró que sus obras y las de su maestro Lastarria fueran citadas por Quinet y Michelet<sup>18</sup>, hasta Sarmiento, quien dedicó gran parte de su tiempo en París a efectuar la traducción, publicación y promoción de su *Facundo*<sup>19</sup>, libro que ya había tenido lo que para los parámetros latinoamericanos de la época era un enorme éxito. No faltaron tampoco autores como Alejandro Magariños Cervantes, quienes para lanzarse como escritores buscarían el prestigio que se suponía otorgaba una publicación en España<sup>20</sup>.

Sin embargo, si esta apelación al público extra-latinoamericano encontró sus primeras manifestaciones significativas en el medio más cosmopolita que generó la literatura romántica, y que pronto se vulgarizaría al extremo de convertirse en rito de iniciación de todo poetaastro sin talento, los réditos de aquella opción demostraron ser menores de lo que se había esperado. Efectivamente, este problema del público, de la estructura y tamaño del campo intelectual, de su articulación con el conjunto de la sociedad y con el poder, acompañaría a los escritores románticos durante toda su hegemonía, como dilema irresuelto y como tensión creadora. La literatura romántica se empujaría sobre la necesidad de lograr una representación adecuada de esa realidad y de articular un proyecto que permitiera su superación. La tensión entre ambas metas produciría algunas de sus mejores obras.

### "... la grande obra de hacer nuestra literatura nacional, útil y progresiva"

Sería en la confrontación con las condiciones materiales y espirituales de su medio, en la dura tarea de responder a los desafíos que las carencias y las limitaciones del campo intelectual latinoamericano le oponían a la obra literaria, donde el romanticismo local encontraría una voz propia y una misión para su pensamiento. Al contrario de lo que ocurrió con ciertas vertientes del romanticismo europeo, el latinoamericano nunca pudo escaparse del todo del carácter ineluctablemente social de su representación artística del mundo. El "yo" inflado de las escrituras románticas paradigmáticas, el "yo" byroniano, encontraría cul-

18 Cf. la *Vida de Francisco Bilbao* escrita por su hermano Manuel (Buenos Aires, 1865).

19 Cf. sus *Viajes* (1847) y *Recuerdos de provincia* (1851).

20 La novela de temática rural, vagamente "gauchesca", *Caramurú*, fue publicada en Madrid en 1848. Esta obra llegó a conocimiento de José de Alencar por intermedio de un estudio crítico del colombiano Torres Caicedo. El cearense consideraba que en este libro "há un estudo sobre o gaúcho argentino". Los peligros de un conocimiento de segunda mano... En realidad, es una obra cuyo mayor mérito es haber iniciado la novelística uruguaya, pero en cuanto a su construcción formal y la profundidad de su contenido deja mucho que desear. Existe un estudio reciente que defiende un criterio contrario: cf. CÁNOVA, Virginia. "Caramurú". *La obra que inicia el camino de la novela nacional uruguaya*. Montevideo: EBO, 1990.

tores entre los latinoamericanos, un Mármol, un Álvares de Azevedo, un Junqueira Freire<sup>21</sup> pero, o se vería relegado a una parte minoritaria de la obra o, como en el caso de los *Cantos del Peregrino* de Mármol, se enhebraría de una forma compleja con valores e imágenes provenientes de una experiencia cívica y social.

El camino abierto al discurso romántico en América Latina, a aquel conjunto de ideologemas y enunciados estéticos que en Europa habían configurado un universo artístico ampliamente matizado y dotado de una pluralidad de voces y registros emocionales, le marcaría una dirección que hubo de pasar por la historia y por la "nación". En este nuevo discurso, distinto del europeo, seguramente más pobre en la amplitud de sus registros, pero producto de un proceso histórico que lo adecuaba a las posibilidades reales de su medio, proyecto social y programa literario se refundieron en uno solo.

El tema de la nacionalidad constituiría el rasgo definitorio de las literaturas románticas, enunciaría el punto de ruptura con la producción literaria anterior y permitiría proclamar su carácter fundacional. El nacionalismo literario fue un elemento común a todos los países de la región, pero su intensidad, y la relación que inauguraría con la historia cultural anterior, varió de región en región. Mientras que en los países de cultura más antigua, México, Perú o Brasil, donde el peso de la herencia cultural colonial era insoslayable, la noción de una fundación que ellos manejaban era la de una literatura que expresara conscientemente los elementos de la nacionalidad, que buscara las fuentes de su originalidad en las costumbres, la historia y los paisajes del pueblo en cuestión. Al contrario de lo que habían hecho las corrientes literarias anteriores, supeditadas a modelos europeos y clásicos, los publicistas románticos de los países "nuevos", Chile, Argentina o Venezuela, daban a entender que la fundación de una literatura

21 En el caso de los dos brasileños que mencionamos, esto no es tan así. En Brasil, quizá por las condiciones político-sociales que fueron avaladas por la continuidad del régimen monárquico — particularmente el mayor grado de institucionalización que imperó en la sociedad brasileña con respecto a la mayoría de sus vecinos hispanos, fenómeno especialmente notable en el campo cultural —, el romanticismo incorporó a su discurso ciertas franjas de la experiencia romántica europea ausente en otras literaturas del continente. Un tono intimista más marcado en la poesía lírica, el cultivo de una literatura "satanista" por algunos autores (especialmente Álvares de Azevedo) y cierta veta mística que en las obras de las demás literaturas románticas del continente nunca se mostraría tan pura como en los escritos de Junqueira Freire deslindarían a la experiencia romántica brasileña de la hispanoamericana. Estas diferencias, si bien son importantes, tampoco deben exagerarse. Cada literatura configura un territorio propio, un continente cuyo paisaje no será igual a ningún otro, aunque todos estén compuestos por los mismos elementos. En Hispanoamérica, las primeras producciones de Echeverría, las poesías de Adolfo Berro, la parte más importante de la obra poética del prerromántico José María de Heredia, entre otros, también se alejarían de ese modelo definido por la primacía de la experiencia colectiva. La tendencia esbozada en estas obras adquiriría más vigor con la producción de la segunda ola de escritores románticos, surgida entre 1860 y 1870 (Manuel Acuña, Carlos Guido y Spano, etc.), pero, opacada por el naturalismo que entonces comenzó a revelarse dominante, sólo florecería con el advenimiento del modernismo. Durante la época que aquí se considera, la crítica preferiría casi siempre a aquellas obras cuyo contenido fuera demostrablemente cívico y/o nacional: la "nacionalidad" de una obra era el principal criterio para juzgar sus valores estéticos.

nacional pregonada por ellos era nada menos que la fundación de una literatura *ex nihilo*, en un territorio cultural que antes había estado vacío. Sin embargo, en ambos casos, la proclamada fundación de una literatura articularía una genealogía literaria cuya figuración se determinaría de acuerdo con los criterios de "originalidad nacional" que introdujo el romanticismo como valor literario.

Esta autorrepresentación de los románticos como fundadores de una nueva literatura, al articularse, pues, alrededor del concepto de "nación", favorecería una identificación entre la representación literaria de la sociedad y una conciencia de la historia de aquella sociedad. Por ejemplo, en 1837, Juan María Gutiérrez declaraba en el Salón Literario de Buenos Aires:

La literatura, muy particularmente, es tan peculiar a cada pueblo como las facciones del rostro entre los individuos; la influencia extraña es pasajera en ella; pero en su esencia no está, ni puede estarlo, sujeta a otros cambios que los que trae consigo el progreso del país a que pertenece<sup>22</sup>.

Esta noción, que pasó a ser un lugar común en México y en Perú, en Brasil y en Chile, entronizaría como supremo valor estético la captación por el discurso literario de aquella esencia nacional, a través de un conocimiento histórico profundo.

Pero la generación romántica no incorporó a su discurso únicamente enunciados pertenecientes a ese registro ideológico, sino que integró también, de acuerdo con esa modalidad ecléctica tan ubicua en la historia intelectual del continente, conceptos y valores propios de una actitud ilustrada. La perduración de aspectos del pensamiento de la Ilustración en el interior del discurso y de la práctica romántica determinaría que se le asignara un valor social a la literatura, que se le adjudicara un carácter de utilidad que también entraría a formar parte del juicio estético que sobre ella se emitiera. La literatura, dentro de la concepción romántica más difundida en América Latina, debía, pues, no sólo representar fielmente aquellos elementos que se suponían constitutivos de la nacionalidad (sus costumbres, su paisaje y su historia) sino que debía erigirse en transmisora de los valores allí contenidos.

Para los románticos la literatura tenía una clara función educativa: debía contribuir a un progreso en las creencias y en las costumbres del pueblo. Existiría por ende una tensión constante entre la función mimética de la literatura y su función normativa. Si bien esta tensión nunca hallaría resolución mientras imperaran las premisas ideológicas del romanticismo, parecería, a los ojos de sus contemporáneos, haberla hallado en la opción por una temática y una problemática de índole histórica, como materia privilegiada del arte literario. De esta forma, esa literatura que, como decía Lastarria en 1842, siguiendo a Artaud, "es la expresión

22 GUTIÉRREZ, Juan María. Fisonomía del saber español. In: WEINBERG, Félix, op. cit., p. 148.

de la sociedad"<sup>23</sup>, derivaría hacia una hegemonía de la historia y del historicismo, que le daría al romanticismo de la región su tono más saliente.

“... conservar piadosamente las efigies de sus mayores...”<sup>24</sup>

Los años que corren entre 1839 y 1880 serían la edad de oro de la narrativa histórica en América Latina. No sólo fue el momento en que salieron a luz las grandes historias nacionales — la *História geral do Brasil* de Varnhagen, las *Historias* de Chile de Barros Arana, de Vicuña Mackenna, de Sotomayor Valdés, la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López, las de México de Lucas Alamán, de Vicente Riva Palacios, y muchas otras —, sino que el discurso histórico se intercalaría en los lugares menos esperados, invadiendo géneros que en otras épocas estaban distantes de las preocupaciones propias de la historiografía: el teatro, llevado hacia el “drama histórico” por influjo de Hugo; la novela, que en sus primeros ensayos latinoamericanos contaría con un abultado número de creaciones históricas, no sólo por la influencia realmente sobrecogedora de Sir Walter Scott, sino también en respuesta a inquietudes y necesidades puramente locales; y hasta la poesía lírica, donde cantos a Iturbide contarían toda la historia del pueblo mexicano, u odas patrióticas buscarían explicar el proceso argentino por el cual Rosas accedió al poder.

El género biográfico se consolidaría también durante estos años: fue entonces cuando João Manoel Pereira da Silva publicó su *Plutarco brasileiro*, João Francisco Lisboa su elegante *Vida do padre Vieira*, Bartolomé Mitre sus *Historias* de Belgrano y de San Martín, Benjamín Vicuña Mackenna su *Diego Portales*, Miguel Luis Amunátegui su *Andrés Bello*. Lista que también podría extenderse hasta llenar varias páginas, si fuera necesario comprobar simplemente el volumen de la producción historiográfica de la época.

Sin embargo, constatada esta presencia abrumadora de las producciones históricas, en todos los géneros, es menester distinguir entre la presencia de un discurso sobre temas tomados de la historia de la región o la apelación genérica a una sensibilidad histórica difusa y superficial — lo que ocurriría con gran parte de esta voluminosa producción — y una filosofía de la historia, un historicismo elaborado y profundo, que serviría de matriz ideológica para la estructuración del discurso en obras de diversos géneros literarios.

Esta “filosofía de la historia”, como se la llamaba entonces, ingresó a la literatura latinoamericana junto con el romanticismo. En el Río de la Plata, Echeverría promovería entre sus contemporáneos, casi al mismo tiempo en que

<sup>23</sup> LASTARRIA, José V. *Recuerdos literarios*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1967, p. 97.

<sup>24</sup> GUTIÉRREZ, Juan María. *Escritores coloniales americanos*. Buenos Aires: Raigal, 1957, p. 371.

daba a luz su *Elvira, o la novia del Plata* (1832), la lectura de Victor Cousin, de Théodore Jouffroy, de Vico en la traducción de Michelet. Los primeros trabajos en prosa de los románticos argentinos versarían justamente sobre el carácter históricamente determinado de las sociedades, y por ende de la literatura: lo que se proponía como objeto supremo del trabajo literario era el descubrimiento de las leyes o, en un sentido ya cercano al positivismo, de la ley, que gobernaba al desenvolvimiento de las naciones. Alberdi buscaba comprobar la existencia de una armonía entre el desarrollo de la sociedad a nivel nacional y el desarrollo universal de la humanidad, mientras que Juan María Gutiérrez intentaba demostrar las relaciones necesarias entre progreso social y progreso literario y artístico, ya durante las sesiones del Salón Literario en 1837. En ese mismo año, Alberdi desarrollaría con mayor extensión sus ideas en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, embarcándose así en un proyecto de reflexión filosófica que definiría toda su futura obra, incluida su obra maestra, las *Bases*.

Pero los problemas relacionados con la aplicación de una “filosofía de la historia” al estudio del pasado y de la sociedad contemporánea emergerían con toda su fuerza a través de una serie de debates que recorrieron los primeros años del romanticismo chileno, debates que tendrían un carácter de ruptura dentro de la tradición historiográfica latinoamericana.

Ya en 1842, Lastarria proclamaba su adhesión a los postulados más evidentes del nuevo historicismo, y sólo dos años más tarde una obra suya desencadenaría un vigoroso debate que ocuparía a los intelectuales chilenos durante más de dos décadas. En sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* Lastarria avanzó la tesis de que existía un espíritu particular de la sociedad chilena, con rasgos que contribuían a definir a la nacionalidad de forma original dentro del conjunto de los países latinoamericanos, y que este espíritu, y la sociabilidad que sustentaba, habían sido históricamente determinados. Andrés Bello contestó, en un debate donde terciaron amigos de Lastarria y miembros de la comunidad de exiliados argentinos, con la sugerencia de que la historia podía dividirse en dos escuelas: una *ad probandum*, o interpretativa, y otra *ad narrandum*, o narrativa. Los defensores de una “filosofía de la historia”, como Lastarria y su aliado Jacinto Chacón, eran ubicados en la primera escuela, mientras que Bello, sus modelos (por ejemplo Barante) y sus discípulos pertenecerían a la segunda. El argumento de Bello consistía, con cierta lógica, en que era imposible hacer una interpretación de los hechos históricos, si éstos no habían sido fijados antes con cierto grado de verosimilitud. Proponía pues que los escritores chilenos se atuvieran a la realización de crónicas fieles, y pospusieran hasta una fecha posterior la tarea de interpretar los datos consignados en esas crónicas.

Este debate, si bien en las líneas generales que asumió no discurrió por carriles particularmente novedosos ni sorprendentes, constituyó un primer indicio de las consecuencias extraliterarias que podía tener el nuevo historicismo. Efectivamente, lo que parece haber alarmado a Bello es la constatación proclamada por Lastarria de que las relaciones sociales del pueblo chileno, sus formas de sociabilidad, habían sido históricamente determinadas. La historización de ámbi-

tos de la experiencia social, antes considerados naturales y ahistóricos, a que esta posición ideológica propendía, mostró su aspecto más alarmante, desde el punto de vista de los conservadores, ese mismo año, en la *Sociabilidad chilena* de Bilbao, donde se identificaba a la Iglesia Católica como la principal fuerza represiva dentro de la sociedad chilena y donde se extendían las consecuencias sociales de aquel historicismo hacia zonas de la vida colectiva que ni siquiera la generación de la revolución había querido modificar: como cuando calificaba al matrimonio como una "fabrica incesante de adulterios".

Por esa misma época, Sarmiento polemizaba con Bello, defendiendo la posición romántica de oposición a todo preceptismo clasicista y defendiendo la autonomía de la lengua hablada en América frente a la que se escribía en España: una lengua nacional era más legítima que la que venía impuesta desde afuera, tópico común a la mayoría de los románticos. Pero dentro del movimiento de su pensamiento que desencadenó aquella disputa, Sarmiento llegó a extender las nociones historicistas hasta la misma lengua, y en un raptó de osadía extrajo la consecuencia lógica del historicismo no providencialista: el hombre tenía el derecho de modificar voluntariamente su lengua, como cualquier aspecto de su existencia social. Se había llegado al punto donde el retormismo ilustrado se encontraba con el historicismo romántico.

En la obra del propio Sarmiento, el dispositivo historicista le permitiría articular aquel ensayo complejo de interpretación histórico-social que fue el *Facundo*<sup>25</sup>, violando las leyes que separan a los géneros (de una forma muy común en la época romántica) para producir un texto cuya ambigüedad fecunda corre a la par de su vitalidad. En Chile, donde nació ese libro, las discusiones históricas tendrían una posteridad múltiple. Por una parte, el discurso histórico vino a plantearse como hegemónico sobre todo el panorama literario, desembocando insensiblemente en la historiografía positivista que llegó a dominar el campo luego de 1860. Pero la consecuencia más interesante del proceso literario chileno de los años 1840 y de la recepción masiva de las nociones historicistas que se produjo entonces fue la experiencia de la Sociedad de la Igualdad (1849-1850) liderada por el mismo Bilbao y Santiago Arcos. Ésta, admirablemente retratada por Blest Gana en su *Martín Rivas* (1862), marcó el alcance de la ideología romántica como una fuerza transformadora no sólo de la literatura, sino también de la sociedad, y sus inevitables limitaciones.

Frente a las modalidades sociales de la ciudad letrada y de esa soledad intelectual que contribuía a reforzar, todas las soluciones ensayadas para superar esa situación fueron menos que satisfactorias. Más adelante en el desarrollo del romanticismo se ensayarían otras vías: efectivamente, la subversión de las condi-

25 Un análisis detallado de este texto serviría para iluminar mejor algunas de las interpretaciones avanzadas aquí, pero en vista de las limitaciones de espacio, junto con el hecho de ser éste quizás el texto más estudiado de todo el romanticismo hispanoamericano, esto podrá posponerse hasta mejor oportunidad.

ciones constitutivas de la ciudad letrada sería una tentación a lo largo de toda la época romántica (y más allá) y, guiada por distintos paradigmas utópicos, se ensayaría una y otra vez. El historicismo operaría como la retícula ideológica por cuyo medio se pensaría la posibilidad de esa subversión. En la Sociedad de la Igualdad, se ensayó una vía (simultáneamente con movimientos similares en Pernambuco, la *Revolução Praieira*, y en Bogotá): organizar a los sectores excluidos no sólo de la vida cívica, sino de la élite letrada también, como una fuerza capaz de incidir sobre el desarrollo institucional del Estado, modificando así toda la distribución del poder. Sin embargo, en la organización de estos movimientos, el liderazgo recayó simplemente sobre esa élite letrada, y más que un proyecto de transformación social (en el sentido de expandir las fronteras de la ciudad letrada), sólo pudieron ser un intento de recapturar el poder desde el cual habían sido desplazados los intelectuales una vez lograda la independencia que ellos iniciaron.

Durante el resto de la era romántica serían elaboradas, y en algunos casos puestas en práctica, otras utopías para lograr ese mismo resultado, o sea, la superación de las limitaciones que la estructura sociocultural le imponía al campo intelectual. Se sugirieron desde la teoría del trasplante alberdiano hasta teorías racistas aún más crueles, que proponían la extinción del indígena como camino de salvación. La más popular, y la que efectivamente desencadenaría las transformaciones de largo plazo que condujeron hacia la modernización del espacio cultural latinoamericano, produciendo un mundo efectivamente distinto del que había presidido al proceso intelectual desde la colonia, fue la teoría que concebía a la educación popular como una fuerza remodeladora de la sociedad. Esta noción, de raíz ilustrada, prerromántica, variaría en la forma y en los elementos de su articulación de acuerdo con las cambiantes condiciones entre un país y otro. Mientras que argentinos como Sarmiento defenderían una educación en manos del Estado y de ingreso irrestricto, escritores como Gabino Barreda y sus discípulos "científicos" (en una etapa posterior al romanticismo) continuarían presos, en las propuestas avanzadas por ellos, de concepciones elitistas propias del pensamiento ilustrado. Los modelos educativos postulados nunca dejarían de contener en su interior elementos ideológicos y representaciones simbólicas propias de las sociedades en las cuales fueron originadas. Así, tanto en Alberdi como en Sarmiento, pero de forma más marcada en el primero, concepciones racistas determinarían los contenidos y las metas de su discurso educativo: en 1847, Alberdi postulaba por primera vez sus teorías acerca del trasplante poblacional desde Europa hasta América Latina, y su noción de una "educación por los hechos" tan íntimamente vinculada con aquellas, en función de sus observaciones del "roto" chileno, al cual consideraba incapaz de ejercer la libertad y por ende de constituir un factor eficaz de defensa frente al arrollador expansionismo norteamericano<sup>26</sup>.

26 ALBERDI, Juan B. "...Organización del trabajo en general. Sin disciplina no hay industria" (*El Comercio de Valparaíso*, I, 29, 23 dic. 1847); "Inferioridad social de la América del Sud, respecto de la del Norte: peligros de esta desigualdad: medios de evitarlos — la adquisición de hombres útiles, cuya falta es la principal causa" (*El Comercio de Valparaíso*, I, 63, 1 feb. 1848).

De forma similar, en los países andinos y en México se desarrollaría una prédica de contenido complejo y a veces sutil, en torno al valor de la educación como un medio de disminuir la lamentada herencia indígena: una autora tan claramente identificada con el progresismo de su época, como lo fue Clorinda Matto de Turner, en esa novela crepuscular del romanticismo, *Aves sin nido*, identificaría a las fuerzas educadoras y civilizantes con la pareja limeña, blanca, y a los elementos propios del atraso, tanto opresores como oprimidos, con los personajes serranos, indios y mestizos.

Divergente de región a región, conflictivo aun en sus aplicaciones más tímidas, este proyecto educacional sería el legado más duradero del pensamiento social de los románticos, constituyendo lo que podría llamarse el mayor de sus logros, ya que permitió a los intelectuales del continente una reinserción aventajada en esa sociedad de cuyo sistema de poder se habían sentido expulsados a principios del momento romántico.

Pero no fue tanto una victoria de la utopía como un complemento necesario a la modernización económica y social que el capitalismo triunfante pedía a las naciones periféricas que comenzó a integrar al mercado mundial durante la segunda mitad del siglo XIX. Detrás de la retórica transformista de los educadores, que en labios de no pocos trascendía los límites de una mera retórica para volverse una creencia positiva y sincera, la empresa de la instrucción masiva operó como un eslabón necesario en la rearticulación de unas relaciones de poder que debían adaptarse a los cambios lampedusianos de la historia: sólo que en esta nueva vuelta de tuerca con que se cerraba la era romántica, los letrados ya pudieron sentirse nuevamente reinstalados en su posición crucial al interior de los engranajes del poder.

El romanticismo marcó el momento en que por vez primera la literatura se pensó orgánicamente a sí misma como producto histórico en América Latina. Antes, en obras coloniales de crónica literaria, como las de León Pinelo o Llanos Zapata, o en los primeros escritos sobre el tema después de la independencia, durante la época neoclásica, la concepción de la naturaleza de la literatura que prevalecía era antitética a la historia literaria: no se comprendía a la literatura como un proceso integrado en el espacio y en el tiempo, sino más bien como una colección de obras sueltas cuya relación significativa se daba con el corpus universal del pensamiento occidental; ni había sido introducida la idea de una nacionalidad literaria, como retícula integradora de esas obras sueltas en una interpretación totalizadora. Estas dos innovaciones fundamentales fueron efectuadas por el romanticismo.

Con la introducción del historicismo como instrumento interpretativo de la realidad, la literatura no pudo permanecer al margen de esa nueva conciencia histórica que integraba a todas las esferas de la experiencia en un proceso único y global. Al optar por esta manera de entender la literatura, los escritores de la generación romántica respondían a necesidades propias de su situación en la

historia y en la sociedad. Ligados por fuertes vínculos, a veces de sangre, a veces de una sociabilidad compartida, con los sectores altos de sus sociedades, y considerándose herederos de aquella tradición que parecía naufragar en su época, la de la revolución de independencia, acechada por el caudillismo y las guerras civiles, se veían de alguna manera depositarios de unos valores que doblemente los aristocratizaban: por su pertenencia de clase y por su lealtad a un espíritu ilustrado y reñido con las creencias mayoritarias, se constituían en los guardianes de la historia y la cultura de sus pueblos. Esta noción que tenían de sí mismos, evidente en su producción historiográfica general, se manifestaría de un modo igualmente marcado en sus abordajes a la literatura.

Generalmente, al construir sus genealogías literarias, los románticos proclamaban estar rescatando una tradición ignorada u olvidada, injustamente, por generaciones anteriores, y que resumía la esencia de la nacionalidad: al ser ellos los recuperadores, los detentadores de la *pietas filial* hacia sus mayores, reforzaban la legitimidad de su pertenencia a una élite con derechos innegables para conducir a su patria. Era la misma operación hecha por Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*, la misma estrategia de inventarse una genealogía, trasladada a un plano más vasto, colectivo en vez de individual. En cierta forma esta invención de una historia literaria marca el momento culminante del proyecto romántico y resume en sí todas las contradicciones y tensiones, todas las vacilaciones y osadías, que habían definido el perfil de una generación.

Dos tensiones centrales atravesaron la construcción romántica de un pasado literario: la irresuelta paradoja de una literatura que se proclamaba a sí misma genesíaca, punto de partida original, y simultáneamente se inventaba una genealogía con raíces en el pasado más remoto; y la relación ambigua entablada entre el nacionalismo literario y el americanismo literario. En lo que concierne al segundo, puede decirse que esta cuestión se planteaba como problema desde el momento mismo de la independencia, en que la noción opaca, de fronteras inciertas, de patria, se constituyó en eje definitorio de las identidades culturales regionales. Rechazada España, no quedaba claro si aquello que la reemplazaba en su función ontológica era América, o las partes de ésta, divididas según criterios diversos. Pero permaneció latente el problema mientras la ideología neoclásica mantuvo su imperio, ya que la problemática no era reconocida como tal dentro de su esquema universalista.

La introducción por los románticos del concepto de nación como trama articuladora por la cual debía interpretarse la cultura regional cambió esta situación e hizo urgente la tarea de clarificar cuáles eran los límites de la nación aludida, en el espacio y en el tiempo. Dada la fuerte impronta neoplatónica que moldeaba su pensamiento, los límites temporales fueron generalmente empujados hacia atrás en el tiempo, llegando a abarcar toda la época colonial, o más: comenzó a pensarse en una nación preexistente. Esto tendría consecuencias directas sobre la valoración del legado de textos y artefactos artísticos dejados por la Colonia: con un criterio realmente ahistórico esta generación tan historicista juzgaría los

monumentos culturales de épocas pretéritas. En el caso brasileño, por ejemplo, los críticos románticos, al construir las primeras historias literarias de su patria, valorizarían a Basílio da Gama, "de todos o mais nacional", por encima de Cláudio Manuel da Costa (un juicio hoy invertido), en función de los valores "nacionales" de su obra<sup>27</sup>; mientras que un historiador literario tan metódico y ponderado en sus juicios como lo fue Juan María Gutiérrez construyó su galería de poetas coloniales respondiendo en gran medida al mismo imperativo nacionalista.

Esta proyección hacia el pasado del concepto nacional haría más urgente aún la tarea de deslindar con exactitud el objeto al cual se hacía referencia cuando se hablaba de la nación. En casi todos los países latinoamericanos, ese nacionalismo literario se refirió en primer lugar a España: la literatura nacional era aquello que no era español (o en el caso brasileño, portugués). Pero a medida que avanzaron los románticos en su tarea de consolidar una literatura nacional, se pasó progresivamente de una definición positiva a otra negativa: las distintas parcelas en que se había fragmentado el imperio español comenzaron a ser definidas como naciones por sus clases letradas, con lo cual se instauró un proceso que necesariamente debía conducir a un acto de exclusión<sup>28</sup>. En el caso de Chile, durante la década del 40 este fenómeno es particularmente claro. La literatura chilena, los rasgos que reclamaba como propios, la originalidad que debía distinguirla de otras literaturas escritas en la misma lengua, surgió en oposición a la literatura que los emigrados argentinos escribían en Chile, y que según ellos era mucho más sofisticada y original que la de los chilenos. Frente a esa actitud soberbia, los chilenos, como se vio arriba, comenzaron a insistir en los caracteres específicos de su literatura. El modelo bellista, por una parte, y el costumbrismo manejado con destreza por Jotabeche, por otra, remarcarían quizás excesivamente las distancias entre una tradición de escritura y otra. Las historias literarias nacionales nacieron en esta fragua. Fueron la culminación lógica de ese pasaje de un patriotismo de pago chico a una identidad más amplia y a la vez más acotada.

Pero frente a este proceso que necesariamente debía profundizar y consolidar las fracturas que surcaban el continente, surgió en la segunda mitad del siglo otro principio articulador de la literatura: el americanismo literario. Como antes se indicó, éste también estuvo presente, aunque sólo en forma latente, en la ideología literaria de los románticos aun antes de que fuera acuñado el término. En 1846, cuando Juan M. Gutiérrez publicaba su *América poética*, ya estaba reconociendo la validez implícita del concepto (que, como puede colegirse de su obra posterior, nunca sería desmentido del todo por el crítico argentino). En su serie de biografías literarias, Torres Caicedo también daría cuenta de una unidad cultural de los países

27 CANDIDO, Antonio, op. cit., t. 2, p. 334.

28 En Brasil el problema sería exactamente el opuesto. Al ocupar su territorio un espacio continental, donde habían estado aisladas entre sí las provincias desde hacía siglos, las identidades regionales eran muy fuertes. La tarea de los escritores románticos se cifró, pues, en la necesidad de encontrar elementos comunes entre literaturas tan disímiles como la *mineira*, la *maranhense* o la *pernambucana*.

de Hispanoamérica. El término, sin embargo, sería utilizado por primera vez por Francisco Bilbao<sup>29</sup>, frente a la amenaza que el renovado imperialismo europeo de la década de 1860 constituía. A partir de esa década, o sea, durante la etapa posterior del romanticismo, la noción de una unidad cultural de Hispanoamérica, e incluso de ésta con Brasil, ganaría terreno. Pero seguiría coexistiendo con el nacionalismo literario sin que la tensión entre ambos términos se resolviera.

En la reconstrucción que los románticos hicieron de su pasado literario, en esa invención de una genealogía de que se habló antes, ambas nociones incidirían sobre la configuración de aquel territorio discursivo reconocido como propio. En los relatos históricos diseñados por autores como Gutiérrez o Juan León Mera, si bien las coordenadas que los articulaban responderían tanto a un término como a otro, siendo la ambigüedad la nota dominante, los vínculos entre esas genealogías y los Estados cuya clase dirigente contribuían a legitimar harían del elemento nacionalista el factor determinante. Sin embargo, éste sólo podía ser el nacionalismo de unas nacionalidades endebles, donde el problema ontológico permanecía abierto. Gutiérrez incluiría a autores coloniales de todo el continente como precursores de la literatura estrictamente argentina; por su parte, ni Mera ni su compatriota Pablo Herrera estaban demasiado seguros acerca de qué debía hacerse respecto a la literatura indígena que compartía el espacio geográfico del Estado ecuatoriano con aquella de sus conquistadores, y que, por lo demás, no se limitaba a compartir un espacio, ya que las relaciones explícitas y subterráneas entre la literatura de las dos lenguas principales eran múltiples<sup>30</sup>. Estas dificultades no serían superadas durante la época romántica, ni mucho después.

La tarea de inventar una tradición literaria nacional quedó trunca cuando el romanticismo hubo de cederle su lugar a nuevas corrientes literarias. Sin embargo, el hecho de que fuera encarada manifiesta uno de los elementos más importantes del momento romántico en el movimiento general de la literatura latinoamericana: marcaba la transición entre "manifestaciones literarias" y una "literatura propiamente dicha", para expresarlo en el lenguaje sucinto y perspicaz de Antonio Candido.

En Brasil, el romanticismo constituye lo que es en efecto la última fase en la organización de una literatura nacional brasileña. Algo excepcional en América Latina, el naturalismo encontraría un sistema literario en pie cuando arribó a playas brasileñas: la extraordinaria madurez del Machado de Assis de *Dom*

29 En *La América en peligro*, Buenos Aires, 1864.

30 José Carlos Mariátegui haría la misma apreciación respecto al caso peruano: "El arte tiene necesidad de alimentarse de la savia de una tradición, de una historia, de un pueblo. Y en el Perú la literatura no ha brotado de la tradición, de la historia, del pueblo indígenas. Nació de una importación de la literatura española: se nutrió luego de la imitación de la misma literatura" (*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Era, p. 215). Aunque son innegables las raíces románticas de la interpretación nacionalista de la literatura hecha por Mariátegui (que se ubica en la línea De Sanctis-Croce), la caracterización de las actitudes de los románticos frente a la cuestión indígena es válida.

*Casimiro* o de las *Memorias póstumas de Brás Cubas* sólo es entendible a la luz de este fenómeno.

En Hispanoamérica, el romanticismo indicaría más bien un comienzo que un fin en el proceso largo y dificultoso de formación de sus literaturas nacionales. Pondría en circulación categorías con las cuales de ahí en más sería posible pensar a la literatura como un sistema nacional, como un fenómeno social complejo subordinado a leyes históricas y a condiciones propias del medio circundante que sólo serían trascendidas cuando fueran objeto de una comprensión profunda. Pero no lograría articular por sí solo, dentro de las categorías que le era dado manejar, a una literatura nacional: todos los estudios de historia literaria ensayados durante esa época cuyo objeto era narrar el desarrollo de una literatura nacional permanecieron en un estado incompleto; o fueron ensayos, entre bibliográficos y críticos, las más de las veces dispersos en publicaciones periódicas, o fueron historias literarias cuya aspiración a constituir interpretaciones orgánicas no pudo superar el estado de las condiciones generales de la producción literaria, resultando ser poco más que esbozos, guías para algún futuro historiador. No podía ser de otra manera: ellos creían estar fundando una tradición literaria, y en cierta forma tenían razón, ya que con ellos comenzaba la organización de las literaturas nacionales propiamente dichas. Y es en este punto también donde debe situarse la paradoja de un movimiento literario que, en el mismo instante en que se proclamaba creador *ex nihilo* de una literatura, se ponía a buscar los orígenes históricos de esa literatura recién inventada.

Los románticos se proclamaron a sí mismos como emancipadores de nuevo cuño. La representación que esta generación hizo de sí misma fue resumida por Alberdi en uno de sus aforismos:

Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó; otra inteligente que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento. Esta nueva conquista deberá consumir nuestra emancipación<sup>31</sup>.

Concibiéndose a sí mismos, pues, como una nueva clase de libertadores, llevarían a cabo una obra renovadora en el uso de la lengua, en la adecuación entre las representaciones que la sociedad se hacía de sí misma por medio de sus letrados y sus condiciones brutas, y en el uso de los modelos literarios heredados de Europa. El lenguaje a que aspiraban debería ser más natural, más americano, y en manos de sus mayores escritores, de Sarmiento, de Cecilio Villaverde, lo lograron; los temas literarios deberían ejemplificar fielmente los verdaderos intereses nacionales, deberían tomar por asunto de sus representaciones a las costumbres de sus pueblos, a sus personajes típicos, y esto también fue realizado en gran medida, aunque de las representaciones de lo que fue vivido como algo otro, ajeno, no

31 ALBERDI, *Fragmento preliminar...*, cit., p. 216.

debía esperarse demasiada vitalidad ni verosimilitud; y en su lucha contra las restricciones opresoras de los géneros tradicionales, contra el imperio de los preceptos heredados de la Antigüedad sobre las expresiones "cultas" de la lengua, fueron otros tantos Brutos y Masaniellos al hacer triunfar su republicanismo sobre los despotismos del idioma.

La obra de los románticos, bajo este punto de vista, renovó, movilizó, transformó una cultura intelectual que no podía hallar su cauce adecuado mientras las restricciones del neoclasicismo mantuvieran su vigencia. Pero los hechos literarios no existen en una esfera ideal, etérea, apartados del gran movimiento de las sociedades, de sus grandes procesos de cambio. Los románticos no constituyen una excepción. Partícipes, lo mismo que su literatura, de un proceso social que incidiría sobre ellos como ellos sobre él, su literatura y el balance que de ella se haga no puede tratarse haciendo abstracción del desarrollo social latinoamericano. Es aquí donde el proyecto romántico, que fue considerado emancipador por sus autores, debe computarse incompleto en el mejor de los casos, y fracasado, en el peor. Los escritores románticos permanecieron prisioneros de su ubicación social y de la visión del mundo que ella les deparaba. Imbuidos del neoplatonismo propio del idealismo romántico, sólo en casos aislados, excepcionales, pudieron trascender los tipos ideales con los cuales armaban su sistema literario y representaban al mundo.

Cuando Esteban Echeverría buscó, a mediados de la década del 40, defender al matambre como elemento expresivo de la nacionalidad rioplatense, no pudo atravesar la frontera entre un matambre puramente ideal, universal, hasta llegar a un matambre particular, verosímil. Esta incapacidad de escapar a los tipos ideales, en el caso de sus representaciones generales de la sociedad, confluía con su ubicación dentro de la misma, como miembros de la clase letrada; esto provocaría que los escritores románticos, al escribir sobre aquellos grupos sociales que en distintos momentos históricos fueron escogidos como emblemáticos de la nacionalidad (por ejemplo los indígenas, los negros, los gauchos o los llaneros), no pudieran superar esas construcciones imaginarias para recrear en sus relatos la realidad vital de los hombres y mujeres que componían esos grupos. Al contrario, la incorporación al relato de ciertos grupos sociales típicos, como elemento de nacionalidad, fue un recurso estéril, si lo que se pretendía era generar una conciencia de la nacionalidad que contemplara a aquellos grupos como miembros plenos de la comunidad. El discurso romántico funcionó de forma inversa: más que recrear la realidad de aquellos sectores, se los apropió de una forma simbólica. En el mismo momento en que los comienzos de la modernización capitalista comenzaban a someter a los grupos más desprotegidos de la sociedad a un proceso brutal de normativización o exclusión, el discurso romántico de alguna manera colaboró en ese proceso, domesticando a la otredad mediante su incorporación al discurso de las clases dominantes. Esto no quiere decir que no haya habido escritores y obras firmemente comprometidos con los sectores sociales a los cuales intentaban retratar, ni tampoco que idénticas condiciones de pertenencia de clase

debiesen igualar en sus posiciones ideológicas a todos los escritores románticos. La imagen del mapuche presente en la obra de Vicente Fidel López, por ejemplo, no es la misma que se encuentra en los escritos de Francisco Bilbao, como no son comunes, ni siquiera remotamente, los proyectos sociales de Varnhagen y de Abreu e Lima.

Lo que sí es innegable es que los escritores románticos fueron el producto de su época y de su medio, que el conjunto de iluminaciones y puntos ciegos que definieron la dirección posible y los alcances de su mirada existencial, de sus puntos de vista, no pudo abstraerse a las leyes de la óptica. Como nosotros en nuestra época, la mayoría de los escritores románticos permaneció atrapada por aquellas limitaciones, incapaz de postular su propia relatividad y la de sus prejuicios, creencias y valores. La minoría, los mejores, los que aún pueden lograr a través de sus obras que goce el lector y que sienta hasta qué punto su condición y la de estos muertos es parecida, fueron aquellos que supieron transformar los propios límites de su visión, las condiciones desfavorables de su medio, en un elemento de fuerza, en una fuente de creación artística. Junto con el papel necesario y protagónico del romanticismo en el proceso por el cual se formó nuestra literatura, que le otorga una importancia histórica a ese momento literario, son estos perseguidores del *epudum* de Bilbao los responsables de que el romanticismo no sea simplemente el relato de sus fracasos.

#### Bibliografía de base

- CANDIDO, Antonio. *Formação da literatura brasileira*. 2. ed. Belo Horizonte: Itatiaia, 1981. 2 t.
- . *Literatura e sociedade*. 3. ed. São Paulo: Nacional, 1985.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- GUTIÉRREZ, Juan María. *Escritores coloniales americanos*. Buenos Aires: Raigal, 1957.
- . *La literatura de Mayo y otras páginas críticas*. Buenos Aires: CEAL, 1979.
- LASTARRIA, José Victorino. *Recuerdos literarios*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1967.
- MITJANS, Aurelio. *Historia de la literatura cubana*. Madrid: América, s.f.
- PICÓN SALAS, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila, 1984.
- RAMA, Ángel. La ciudad letrada. In: MORSE, Richard y HARDOY, Jorge E. (comps.). *Cultura urbana latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, 1985.
- RENÉ-MORENO, Gabriel. *Estudios de literatura boliviana*. La Paz, 1975.
- SARLO, Beatriz. *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*. Buenos Aires: Escuela, 1968.
- SUBERCASAUX, Bernardo. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria: ideología y literatura*. Santiago de Chile: Aconcagua, 1979.

#### O caso rio-platense

### El texto cautivo: del "color local" al mito

#### Sonia Mattalía

Argentina. Profesora titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Valencia, España, donde reside desde 1977. Publicó, en diversas revistas especializadas, artículos sobre literatura hispanoamericana, con especial énfasis en el período de las vanguardias. Obras principales: *La figura en el tapiz. Teoría y práctica narrativa en Juan Carlos Onetti* (1990); *Borges entre la tradición y la vanguardia* (coordinadora; 1990); *Pensamiento crítico y crítica de la cultura en América Latina* (coordinadora; 12 volúmenes a cargo de diferentes especialistas, en preparación).